



LAURIE H. ANDERSON  
**SILENCIO**

  
CASTILLO

**SILENCIO**



LAURIE HALSE ANDERSON

# SILENCIO

Traducción de Elena Abós Álvarez-Buiza

CASTILLO  DE LA LECTURA

DIRECCIÓN EDITORIAL: Adriana Beltrán Fernández  
COORDINACIÓN DE LA COLECCIÓN: Karen Coeman  
CUIDADO DE LA EDICIÓN: Luis Esteban Pérez Villanueva  
DISEÑO DE PORTADA: Sara Miranda  
FORMACIÓN: Ana Paula Dávila  
ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Silvana Ávila  
TRADUCCIÓN: Elena Abós Álvarez-Buiza

### ***Silencio***

Título original en inglés: *Speak*

Texto D.R. © 1999, Laurie Halse Anderson

Editado por Ediciones Castillo por acuerdo con Farrar, Straus and Anderson Giroux, LLC,  
y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

PRIMERA EDICIÓN: enero de 2013  
D.R. © 2013, Ediciones Castillo, S.A. de C.V.  
Castillo ® es una marca registrada.

Insurgentes Sur 1886, Col. Florida,  
Del. Álvaro Obregón,  
C.P. 01030, México, D.F.

**Ediciones Castillo forma parte  
del Grupo Macmillan**

[www.grupomacmillan.com](http://www.grupomacmillan.com)  
[www.edicionescastillo.com](http://www.edicionescastillo.com)  
[infocastillo@grupomacmillan.com](mailto:infocastillo@grupomacmillan.com)  
Lada sin costo: 01 800 536 1777

Miembro de la Cámara Nacional  
de la Industria Editorial Mexicana.  
Registro núm. 3304

ISBN: 978-607-463-723-6

Prohibida la reproducción o transmisión parcial o total de esta obra por cualquier medio o método, o en cualquier forma electrónica o mecánica, incluso fotocopia o sistema para recuperar la información, sin permiso escrito del editor.

Impreso en México/*Printed in Mexico*

*Para Sandy Bernstein, por ayudarme a encontrar mi voz, y  
para mi esposo Greg, por escucharme.*

L.H.A.



# **PRIMERA EVALUACIÓN**





## **Bienvenidos a la preparatoria Merryweather**

Es mi primer día de clases en la preparatoria. Voy con siete cuadernos nuevos, una falda que odio y dolor de estómago.

El autobús de la escuela se detiene resoplando en mi esquina. Se abre la puerta y subo los escalones. Soy la primera pasajera del día. El conductor arranca cuando aún estoy en el pasillo. ¿Dónde me siento? Nunca he sido de los zánganos de la última fila. Si me siento en el centro, a lo mejor se sienta a mi lado algún desconocido. Si me quedo en la primera fila voy a parecer una niña pequeña, pero me imagino que es donde tengo más probabilidades de que me vea alguna de mis amigas, si es que alguna ha decidido volver a hablarme.

El autobús recoge a los estudiantes en grupos de cuatro o cinco. Cuando suben las escaleras, mis antiguos compañeros de laboratorio o mis amigos del gimnasio me lanzan miradas envenenadas. Cierro los ojos. Es justo lo que me temía. Al arrancar en la última parada, soy la única que va sentada sola.

El conductor reduce la marcha y subimos lentamente las colinas. El motor cruje y los del fondo gritan una obscenidad. Alguien se ha echado demasiado perfume. Intento abrir la ventana, pero el pestillo no se mueve. Un chico sentado detrás de mí desenvuelve su desayuno y me tira el plástico a la cabeza. Rebota y me cae en las piernas. Era un pastelillo de chocolate.

Pasamos junto a unos intendentes que están pintando el letrero a la puerta de la escuela. El consejo escolar ha decidido que “Instituto Merryweather, Bastión de los Sementales” no era precisamente un mensaje claro de abstinencia, así que nos han cambiado el nombre por el de los Diablos Azules. Supongo que más vale diablo por conocido que semental por conocer. Los colores seguirán siendo el morado y el gris. El consejo no quería gastar en nuevos uniformes.

Los mayores pueden andar por los pasillos hasta que suena la campana, pero a los nuevos nos llevan al auditorio. Allí nos distribuimos en clanes: los Pie de Atleta, los Fresas, los Niños, las Porristas, los Porros, los Euroemos, los Futuros Fascistas de América, las Cardadas, las Martas, los Artistas Incomprendidos, los Dramáticos, los Góticos, los Trituradores... Yo no pertenezco a ningún clan. Me pasé las últimas semanas de agosto viendo malas caricaturas. No fui al centro

comercial, ni al lago, ni a la alberca, ni siquiera contesté el teléfono. Entré a la prepa con el peinado equivocado, la ropa equivocada y la actitud equivocada. Y nadie se quiere sentar conmigo.

Soy la Marginada.

No me molestó en buscar a mis antiguas amigas. Nuestro clan era el de las Naturales, pero se ha hecho pedazos y sus miembros se han ido a los clanes rivales. Nicole se junta con los Pie de Atleta, y comparan sus cicatrices de las ligas deportivas del verano. Ivy oscila entre los Artistas Incomprendidos a un lado del pasillo y los Dramáticos en el otro. Tiene suficiente personalidad como para pertenecer a dos grupos. Jessica se ha ido a vivir a Nevada. Tampoco es una gran pérdida, era sobre todo amiga de Ivy.

Los de la fila de atrás sueltan tantas carcajadas que sé que se están riendo de mí. No lo puedo evitar y me doy la vuelta. Es Rachel, rodeada por unos chicos cuya ropa, definitivamente, no es de mala marca. Rachel Bruin era mi mejor amiga. Se queda mirando un punto sobre mi oreja izquierda. Las palabras se me atragantan. Ella sufrió conmigo en los campamentos, ella me enseñó a nadar, ella entendía lo de mis padres y no se reía de mi habitación. Si hay alguien en toda la galaxia a quien muero de ganas por contarle lo que pasó de verdad, es a Rachel. Siento que algo me quema la garganta.

Su mirada se cruza con la mía un instante. “Te odio”, forma las palabras en silencio. Me da la espalda y se ríe con sus amigos. Me muerdo el labio. No voy a pensar en ello. Ha sido horrible, pero se acabó, y no

voy a pensar en ello. El labio me sangra un poco. Sabe a metal. Tengo que sentarme.

Estoy de pie en el pasillo central del auditorio como una cebra herida en un documental de National Geographic, buscando alguien con quien sentarme, quien sea. Se acerca un depredador: el pelo cano rapado estilo deportista, con el silbato colgado de un cuello más ancho que la cabeza. Probablemente sea un profesor de ciencias sociales contratado como entrenador de algún deporte bestial.

SR. CUELLO: —Siéntate.

Me siento. Otra cebra herida se vuelve hacia mí y me sonrío. Lleva miles de dólares en ortodoncia, pero sus zapatos están lindos.

—Soy Heather, de Ohio. Soy nueva. ¿Y tú?

No me da tiempo de contestar. Las luces se apagan y comienza el adoctrinamiento.

## **Las primeras diez mentiras que te dicen en la prepa**

1. Estamos aquí para ayudarte.
2. Tendrás tiempo suficiente para llegar a clase antes de que suene la campana.
3. Se insistirá en una vestimenta adecuada.
4. No se permite fumar en las instalaciones de la escuela.
5. Nuestro equipo de futbol americano ganará el campeonato este año.
6. Esperamos más de ti.

7. Los consejeros siempre están dispuestos a escucharte.
8. Tu horario ha sido elaborado pensando en tus intereses.
9. La combinación de tu casillero es secreta.
10. Recordarás estos años con cariño durante el resto de tu vida.

Mi primera clase es biología. No encuentro el aula y me gano la primera falta por deambular por los pasillos. Son diez para las nueve de la mañana. Sólo me faltan 699 días y 7 clases para graduarme.

### **Nuestros profesores son los mejores...**

Mi profesora de inglés no tiene cara. Su pelo largo y despeinado le cae hasta los hombros. Desde la raya hasta las orejas es de color negro y desde las orejas hasta las puntas enmarañadas es naranja fosforescente. No sé si su peluquero se habrá vengado de ella o si se estará convirtiendo en una mariposa monarca. La llamo la Pelos.

La Pelos tarda veinte minutos en pasar lista porque se niega a mirarnos, con la cabeza inclinada sobre el escritorio y el pelo tapándole la cara. Se pasa el resto de la clase escribiendo en el pizarrón y hablando en dirección a la bandera sobre los libros que tenemos que leer. Quiere que escribamos todos los días en nuestro diario de clase, pero promete que no los va a leer. Yo escribo sobre lo rara que ella me parece.

En sociales también tenemos diarios. Seguro que este año les han hecho descuento en los cuadernos. Estamos estudiando historia de Estados Unidos por novena vez en nueve años. Otra vez un repaso a la lectura de mapas, una semana sobre los indios norteamericanos, Cristóbal Colón a tiempo para el Día de la Raza, y los primeros colonos para el Día de Acción de Gracias. Todos los años dicen que vamos a llegar hasta el presente, pero siempre nos atascamos en la Revolución Industrial. En séptimo llegamos a la Primera Guerra Mundial, ¿Quién sabía que había habido una guerra en todo el mundo? Necesitamos más días festivos para mantener a los profesores de sociales al día. Mi profesor de sociales es el señor Cuello, el mismo que me gruñó para que me sentara en el auditorio. Me recuerda con cariño.

—Te tengo fichada. A la primera fila.

Para mí también ha sido un placer volver a verlo. Seguro que sufre de síndrome de estrés postraumático. Habrá estado en Vietnam, o en Irak, o en una de esas guerras que pasan en la tele.

## **Centro de atención**

Encuentro mi casillero después de sociales. El candado está un poco atascado, pero consigo abrirlo. Me sumerjo en la oleada de estudiantes que van a comer y avanzo con la corriente hasta la cafetería.

No soy tan tonta como para traer comida el primer día de clase. No hay modo de saber cuál será la moda

aceptable este año. Las bolsas de papel pueden ser un humilde testimonio de la vida en los suburbios o un complemento del disfraz de ñoño sin remedio. Las bolsas térmicas pueden ser una manera estupenda de salvar el planeta o la prueba de que tu mamá te mimó. La única solución es comer en la cafetería. Además, así puedo buscar entre la multitud algún rostro amigo o un rincón donde pasar desapercibida.

La comida es pavo con puré de papas de caja y salsa, una verdura verde y aguada, y una galleta. No sé cómo pedir otra cosa, así que me limito a deslizar la bandeja y dejar que los siervos de la cafetería la vayan llenando. El tipo de dos metros que va delante de mí consigue tres hamburguesas con queso, papas fritas y dos pastelitos sin pronunciar una sola palabra. No sé cómo lo ha hecho. A lo mejor les ha transmitido con los ojos un mensaje en código morse. Tengo que averiguarlo. Sigo al Poste de Basquetbol hacia el comedor.

Veo algunos amigos, personas que yo consideraba amigos, pero miran hacia otro lado. Piensa rápido, piensa rápido. Ahí está la nueva, Heather, leyendo cerca de la ventana. Podría sentarme con ella. O meterme detrás de un bote de basura. O quizás podría tirar la comida a la basura y seguir andando directamente hasta la puerta de salida.

El Poste de Basquetbol saluda hacia una mesa con amigos. Claro, el equipo de basquetbol. Ellos lo insultan, un extraño saludo que usan los chicos atléticos y granosos. Él sonríe y les lanza un pastelito. Yo intento rodearlo a toda prisa.



¡Zas! Un montón de puré de papas con salsa me da justo en el centro del pecho. Se detienen las conversaciones y todo el comedor se me queda mirando, mi cara impresa en todas las retinas. Siempre seré “la chica del puré del primer día”. El Poste de Basquetbol se disculpa y dice algo, pero cuatrocientas personas se echan a reír a la vez y no sé leer los labios. Tiro mi bandeja y salgo corriendo hacia la puerta.

Corro tan deprisa que si me hubiera visto el entrenador de atletismo me hubiera fichado para el equipo titular. Pero no, hoy está de guardia el señor Cuello. Y al señor Cuello no le sirven de nada las niñas que pueden correr los cien metros en menos de diez segundos, a menos que estén dispuestas a hacerlo con una pelota de futbol en la mano.

SR. CUELLO: —Volvemos a encontrarnos.

YO: —...

A lo mejor me escucha si le digo “tengo que ir a casa a cambiarme” o “¿ha visto lo que ha hecho ese idiota?”. Ni de broma. Mantengo la boca cerrada.

SR. CUELLO: —¿Adónde crees que vas?

YO: —...

Es más fácil no decir nada. Cierra el pico, no digas nada, cállate. Eso que dicen en la tele sobre la comunicación y que hay que expresar los sentimientos es pura mentira. En realidad nadie quiere oír lo que tienes que decir.

El señor Cuello toma nota en su cuaderno.

—Sabía que serías un problema desde el primer momento que te vi. Llevo veinticuatro años dando clase aquí y sé lo que pasa por la cabeza de cualquier

jovencito con sólo mirarlo a los ojos. Se acabaron las advertencias. Te acabas de ganar una falta por deambular por los pasillos sin pase.

## **Santuario**

Después de comer sigue la clase de arte, igual que un sueño después de una pesadilla. El salón está al final del edificio y tiene grandes ventanas que dan al sur. En Syracuse no brilla mucho el sol, así que el aula de arte está diseñada para recibir el máximo de luz posible. Tiene mucho polvo, pero es una especie de suciedad limpia. En el suelo hay manchas de pintura seca, en las paredes cuelgan esbozos de adolescentes atormentados y cachorros gordinflones. Las repisas están llenas de vasijas de barro. En la radio suena mi estación favorita.

El señor Freeman es feo. Tiene el cuerpo de un saltamontes enorme, como uno de esos que andan con zancos en el circo. Tiene la nariz hundida entre los ojos como una tarjeta de crédito, pero nos sonrío mientras vamos entrando. Está inclinado sobre el torno, moldea una vasija con las manos manchadas de arcilla roja.

—Bienvenidos a la única clase que les enseñará a sobrevivir —dice—. Bienvenidos a arte.

Me siento cerca de la mesa del profesor. Ivy también está en esta clase, sentada al lado de la puerta. No dejo de mirarla, intentando hacer que me mire. Eso pasa en las películas, la gente se da cuenta de que otro los

está mirando y tienen que darse la vuelta y decir algo. Pero o Ivy tiene un campo magnético enorme o mi visión láser no es tan poderosa. No me mira. Ojalá pudiera sentarme con ella. Ella sabe mucho de arte.

El señor Freeman apaga el torno y toma un trozo de gis sin lavarse las manos. "ALMA", escribe en el pizarrón. La arcilla mancha la palabra como hilillos de sangre seca.

—Aquí es donde encontrarán su alma, si se atreven. Aquí entrarán en contacto con esa parte de ustedes mismos a la que nunca se habían atrevido a mirar. No vengan a pedirme que les enseñe cómo se dibuja una cara. Pídanme que les enseñe a encontrar el viento.

Miro de reojo por encima del hombro. El mensaje se transmite telegráficamente de ceja en ceja. Este tipo es muy raro. Sin duda se da cuenta, debe saber lo que estamos pensando. Sigue hablando. Dice que nos graduaremos sabiendo cómo leer y escribir porque nos pasaremos un millón de horas aprendiendo a leer y escribir. (Me parece una afirmación discutible).

SR. FREEMAN: —¿Por qué no dedicar ese tiempo al estudio del arte: a pintar, esculpir, dibujar con carboncillo, pastel y óleo? ¿Acaso son las palabras y los números más importantes que las imágenes? ¿Quién ha dicho eso? ¿Acaso el álgebra los conmueve hasta las lágrimas? —algunas manos se levantan, creyendo que ha hecho una pregunta—. ¿Puede expresar el posesivo plural los sentimientos que alberga su corazón? ¡Si no aprenden arte ahora, nunca aprenderán a respirar!

Y aún hay más. Para ser alguien que cuestiona el valor de las palabras, las usa un montón. Me desconecto un momento y vuelvo a atender cuando levanta un enorme globo terráqueo al que le falta la mitad del hemisferio norte.

—¿Puede decirme alguien qué es esto? —pregunta.

—¿Un globo terráqueo? —se arriesga una voz de atrás. El señor Freeman sube los ojos al cielo.

—¿Es una escultura muy cara que se le cayó a algún niño y la tuvo que pagar de su propio bolsillo para que lo dejaran graduarse? —pregunta otro. El señor Freeman suspira.

—Les falta imaginación. ¿Cuántos años tienen, trece? ¿Catorce? ¡Y ya han dejado que les quiten la creatividad! Es un viejo globo terráqueo con el que mis hijas jugaban a la pelota en mi estudio cuando llovía. Un día Jenny atravesó Texas con el pie, y los Estados Unidos se hundieron en el mar. Y *voilà*, ¡una idea! Esta pelota rota podría expresar o provocar visiones poderosas: podría pintarse un cuadro con la gente huyendo del agujero, o con un perro de hocico húmedo masticando Alaska. Las oportunidades son infinitas. Es casi demasiado, pero son tan importantes que se las voy a dar.

¿Qué?

—Cada uno de ustedes va a sacar un trozo de papel del globo —dice mientras se pasea por la clase para que saquemos papelitos rojos del centro de la tierra—. En el papel encontrarán una palabra, el nombre de un objeto. Espero que les guste porque van a pasar el resto

del año aprendiendo a convertir ese objeto en una obra de arte. Van a esculpirlo. Van a esbozarlo, a construirlo con papel maché y a tallarlo. Y si el profesor de informática decide hablarme este año, podrán usar su aula para hacer diseños por computadora. Sólo les voy a poner una condición: para el final de curso, deben encontrar la manera de que el objeto que les haya tocado diga algo, que exprese un sentimiento y le hable a cada una de las personas que lo contemplan.

Algunos protestan. Me da un vuelco el estómago. ¿En serio nos va a dejar hacer eso? Parece demasiado divertido. Se detiene en mi mesa. Meto la mano hasta el fondo del globo y pesco mi papelito. “Árbol” ¿Árbol? Es demasiado fácil. Aprendí a dibujar árboles en segundo. Levanto la mano para tomar otro papel. El señor Freeman dice que no con la cabeza.

—No, no, no. Has escogido tu destino, y eso no se puede cambiar.

Saca un cubo de arcilla de debajo del torno, rompe pedazos del tamaño de un puño y nos tira uno a cada uno. Luego sube el volumen de la radio y se ríe.

—Empieza el viaje.

## **Español**

Mi profesora de español va a intentar pasarse todo el año sin hablarnos ni una sola palabra en inglés. Es divertido, y también útil, porque de esa manera es mucho más fácil ignorarla. Se comunica mediante gestos exagerados y haciendo mímica, es como ir a

clase de teatro. Dice una frase en español y se lleva el dorso de la mano a la frente.

—¡Tiene fiebre! —dice un alumno. Ella niega con la cabeza, y repite el gesto.

—¡Está mareada!

No. Sale al pasillo y luego entra como una exhalación, con pinta de estar muy ocupada y confundida. Se gira hacia nosotros, actúa sorprendida de vernos, y luego vuelve a llevarse la mano a la frente.

—¡Se ha perdido!

—¡Está enfadada!

—¡Está en la escuela equivocada!

—¡Está en el país equivocado!

—¡Está en el planeta equivocado!

Lo intenta de nuevo y se da tan fuerte que se tambalea un poco. La frente se le ha quedado rosa, como su lápiz de labios. La gente sigue intentando adivinar.

—¡No puede creer cuántos alumnos hay en esta clase!

—¡Se le ha olvidado el español!

—¡Tiene migraña!

—¡Le va a dar una migraña si no lo adivinamos!

Desesperada, escribe una frase en español en el pizarrón: “Me sorprende que esté tan cansada hoy”. Nadie sabe lo que significa. No entendemos español, por eso estamos aquí. Finalmente, a algún cerebritito se le ocurre sacar el diccionario español-inglés y nos pasamos el resto de la clase intentando traducir la frase. Cuando suena la campana, estamos en “agotar el día hasta la sorpresa”.

## Tareas

Consigo pasar las dos primeras semanas de clase sin ningún desastre nuclear. Heather, la chica de Ohio, se sienta conmigo durante la comida y me llama para hablar de las tareas de inglés. Es capaz de pasarse horas hablando. Lo único que tengo que hacer es ponerme el teléfono en la oreja y decir de vez en cuando “Mmm”, mientras miro la tele. Rachel y todas las demás personas que conozco desde hace nueve años continúan ignorándome. Me dan muchos empujones en los pasillos. Un par de veces me arrancaron los libros de las manos y los tiraron al suelo por accidente. Intento no pensar mucho en ello. En algún momento tendrán que dejarme en paz.

Al principio, mamá llevaba muy bien lo de preparar las cenas por la mañana y meterlas en el refrigerador, pero yo sabía que no iba a durar mucho. Ahora, cuando llego a casa, me encuentro con notas que dicen “Pizza, 555 4892. Y esta vez, poca propina.” y un billete de veinte dólares sujeto con un clip. En mi familia tenemos un buen sistema, nos comunicamos con notas en el mostrador de la cocina. Yo les escribo cuando me hace falta material escolar o que me lleven en coche al centro comercial y ellos me ponen a qué hora llegarán del trabajo y si tengo que descongelar alguna cosa. ¿Hay algo más que decir?

Mamá vuelve a tener problemas para encontrar empleados. Mi madre es gerente en Effert's, una cadena de tiendas de ropa en el centro. Su jefe le ofreció la sucursal del centro comercial, pero ella la rechazó.

Creo que le gusta ver la reacción de la gente cuando dice que trabaja en el centro.

—¿No te da miedo? —le preguntan—. Yo no trabajaría ahí ni por todo el oro del mundo.

A mi madre le encanta hacer cosas que asustan a los demás. Podría haber sido domadora de serpientes.

Pero al estar en el centro no es fácil encontrar gente que quiera trabajar allí. Los que vienen buscando empleo suelen desanimarse por los ladronzuelos habituales, los mendigos que orinan en la puerta y, de vez en cuando, un atraco a mano armada. No me extraña. Estamos en la segunda semana de septiembre y mi madre ya está pensando en Navidad. Tiene el cerebro lleno de copos de nieve de plástico y figuras de Santa Claus vestidas de fieltro rojo. Si no logra encontrar suficientes empleados para septiembre, se las verá negras cuando lleguen las fiestas.

Pido la pizza a las tres y diez, y me la como en nuestro sofá blanco. No sé a quién de los dos, a mi madre o a mi padre, le dio un ataque de locura el día que compraron ese sofá. Si quieres comer en el sofá, el truco consiste en poner la cara sucia de los cojines boca arriba. El sofá tiene dos personalidades: “Melinda devorando pepperoni y champiñones” y “nadie come nunca en la sala, señora”. Devoro la pizza viendo la tele hasta que oigo la camioneta de papá en la puerta. Entonces le doy la vuelta a los cojines para que muestren sus pálidas mejillas, y subo corriendo a mi habitación. Cuando papá abre la puerta, la casa está como a él le gusta y yo he desaparecido.



Mi habitación pertenece a un extraterrestre. Es una postal de cuando estaba en quinto. Pasé por una fase demencial en la que todo tenía que estar cubierto de rosas y en la que el rosa era un color estupendo. La culpa fue de Rachel. Le suplicó a su madre que la dejara renovar su habitación y todas acabamos haciendo lo mismo. Nicole se negó a poner esa faldilla ridícula en su mesita de noche e Ivy se pasó de la raya, como siempre. Jessica decoró la suya inspirándose en el desierto y los vaqueros. Mi habitación se quedó a medio camino, copiando un poco de todas las demás. Lo único que era realmente mío era mi colección de conejitos de peluche de cuando era pequeña y mi cama con dosel. Por mucho que Nicole me molestara, me negué a quitar el dosel. Ahora estoy pensando en cambiar el papel tapiz de rosas, pero entonces mi mamá se entrometería, y mi papá se pondría a medir las paredes, y se pelearían por el color de la pintura. De todas formas, no sé cómo quiero que se vea.

Hacer la tarea no entra en mis planes. La cama me manda potentes rayos de siesta. No puedo evitarlo. La suavidad de la almohada y el calor del edredón son superiores a mis fuerzas. No me queda más remedio que acurrucarme bien tapada.

Oigo cómo mi padre pone la tele. Clinc, clinc, clinc, echa tres cubitos de hielo en un vaso y se sirve algo con alcohol. Abre el microondas, me imagino que para la pizza, lo cierra de golpe y suena el bip-bip de los botones. Pongo la radio para que sepa que estoy en la casa. En realidad no voy a dormir la siesta. Me detengo en ese lugar a medio camino, como un área

de descanso en la autopista hacia el sueño, donde puedo quedarme durante horas. Ni siquiera necesito cerrar los ojos, sólo acurrucarme bajo la protección del edredón y respirar.

Papá sube el volumen de la tele. El presentador de las noticias grita: “¡Cinco muertos en el incendio de una vivienda! ¡Ataque a una chica! ¡Adolescentes sospechosos en el asalto a una gasolinera!”. Me muerdo un pellejito del labio inferior. Papá salta de un canal a otro, viendo las mismas noticias una y otra vez.

Me miro en el espejo de la habitación. Agh. Mi pelo está completamente oculto debajo de la manta. Estudio las formas de mi cara. ¿Podré ponerle cara a mi árbol, como una dríada de la mitología griega? Dos ojos con ojeras bajo las cejas negras, la nariz chata como la de un cerdito y una boca con los labios mordisqueados. No, no es la cara de una dríada. No puedo parar de morderme los labios. Es como si mi boca le perteneciera a otra persona, a alguien que ni siquiera conozco.

Salgo de la cama, descuelgo el espejo y lo pongo en el fondo del armario, de cara a la pared.

## **Nuestro valiente líder**

Estoy escondida en el baño, esperando a que se despeje el panorama. Miro hacia fuera. El director descubre a otro estudiante despistado por los pasillos.

DIRECTOR: —¿Dónde está su pase, caballero?

ESTUDIANTE DESPISTADO: —Ahora mismo iba por uno.

DIRECTOR: —Pero no puede andar por los pasillos sin un pase.

ESTUDIANTE DESPISTADO: —Ya lo sé, lo siento mucho. Por eso tengo que darme prisa y recoger el pase.

El director hace una pausa con una expresión parecida a la del Pato Lucas cuando Bugs Bunny le está tomando el pelo.

DIRECTOR: —Está bien, dese prisa y vaya por el pase.

El estudiante despistado sale corriendo sonriente y saludando con la mano. El director camina en dirección contraria, repasando la conversación e intentando averiguar qué salió mal. Yo lo pienso y me río.

## **Deportes**

La clase de deportes debería estar prohibida. Es humillante.

Mi casillero de deportes es el que está más cerca de la puerta, por eso tengo que cambiarme en los baños. Heather, la de Ohio, tiene el casillero de al lado. Lleva puesta la ropa de deporte debajo de la normal. Después de deportes se quita los pantalones cortos, pero siempre se deja la camiseta interior debajo. Me deja preocupada por las chicas de Ohio. ¿Será obligatorio llevar camiseta interior?

Sólo conozco a otra chica más en la clase de deportes. Nicole. En nuestro antiguo grupo no éramos muy íntimas. Cuando empezó la prepa estuvo a punto de dirigirme la palabra, pero en vez de eso miró al suelo y se amarró los tenis. Nicole tiene un casillero de los

grandes en una habitación discreta y limpia porque está en el equipo de fútbol. No le importa cambiarse de ropa en público, incluso se cambia de sostén. Lleva un sostén deportivo para la clase normal y otro para deportes. Nunca se ruboriza ni se da la vuelta para cubrirse, se cambia de ropa y listo. Debe ser cosa de los deportistas. Cuando eres tan fuerte, no te importa que la gente haga comentarios sobre tus pechos o tu trasero.

Es finales de septiembre y hemos empezado la unidad de *hockey* sobre pasto. El *hockey* sobre pasto es un deporte de lodo, que sólo se juega en días húmedos y nublados cuando parece que va a nevar. ¿A quién se le habrá ocurrido esto? Nicole es imparable en el campo. Avanza hacia la portería tan rápido que deja una estela de lodo volante que se estampa sobre cualquiera que se atreve a cruzarse en su camino. Luego hace un movimiento con la muñeca y la pelota queda en la portería. Ella sonrío y trota hacia el medio campo.

Nicole puede hacer cualquier cosa que incluya una pelota y un silbato. Basquetbol, fútbol, beisbol, *lacrosse*, fútbol americano, *rugby*. De todo. Y hace que parezca fácil. Los chicos miran cómo juega para aprender. Y además es guapa. El verano pasado se rompió un diente en un campamento de deportes, y así se ve incluso más bonita.

Todos los profesores de deportes le tienen reservado a Nicole un lugar especial en su corazón. Tiene “potencial”. Cuando la miran sólo ven títulos y un aumento de sueldo. Un día metió 35 goles, hasta que mi equipo amenazó con abandonar el juego.

El profesor la puso de árbitro. No sólo perdimos, sino que cuatro de mi equipo acabaron en la enfermería. Nicole no cree en las faltas, pertenece a la escuela de “jugar hasta la muerte o la mutilación”.

Si no fuera por su actitud, sería mucho más fácil aceptar todo esto: el casillero horrible, Heather revoloteando todo el día a mi alrededor como una polilla, las mañanas frías en el lodo viendo cómo Nicole, la Princesa Guerrera, se lleva los aplausos de los entrenadores. Lo aceptaría todo y seguiría con mi vida. Pero Nicole es tan simpática. Incluso habla con Heather, la de Ohio. Le ha dicho dónde comprarse un protector bucal para que el aparato de los dientes no le corte el labio si le dan un balonazo. Ahora Heather quiere comprarse un sostén deportivo. Nicole no es una imbécil. Sería mucho más fácil odiarla si lo fuera.

## **Amigas**

Rachel está conmigo en el baño. Corrección. *Rachelle* está conmigo en el baño. Se ha cambiado el nombre y reivindica su ascendencia europea juntándose con los estudiantes extranjeros que han venido de intercambio. Llevamos cinco semanas de clase y ya dice palabrotas en francés, lleva medias negras con franjas y no se afeita las axilas. Cuando levanta la mano para saludar me recuerda a un chimpancé.

Me parece increíble que fuera mi mejor amiga.

Estoy en el baño intentando ponerme el lente derecho que se me ha salido. Ella se extiende manchas de

rímel por el párpado inferior para lograr un aspecto cansado y enfermizo. Estoy a punto de salir corriendo para que no me vuelva a echar mal de ojo, pero la Pelos, mi profesora de inglés, está patrullando el pasillo y a mí se me olvidó ir a su clase.

Yo: —Hola.

RACHELLE: —Mmm.

¿Y ahora qué? Voy a mostrarme totalmente fría y relajada, como si no hubiera pasado nada. Piensa en un trozo de hielo. Piensa en la nieve.

Yo: —¿Qué tal? —intento ponerme el lente y me meto el dedo en el ojo. Muy relajada.

RACHELLE: —Ahh —se pone rímel en el ojo y lo embarra por toda la cara.

No quiero relajarme. Me dan ganas de agarrarla por el cuello, sacudirla y gritarle que deje de tratarme como si fuera una indeseable. Ni siquiera se molestó en averiguar la verdad.

¿Qué tipo de amiga es? El lente se dobla debajo del párpado. El ojo derecho se llena de lágrimas.

Yo: —¡Ay!

RACHELLE (Resopla y se aleja del espejo, moviendo la cabeza de un lado a otro para admirar los manchurrónes negros de sus mejillas, que parecen caca de ganso): —*Pas mal.*

Saca un cigarro de caramelo y se lo lleva a los labios. Rachelle se muere por fumar, pero como tiene asma ha iniciado una nueva moda hasta ahora desconocida en la prepa: cigarros de caramelo. A los estudiantes extranjeros les encanta. Dentro de nada le dará por beber café negro y leer libros sin fotos.

Una estudiante extranjera tira de la cadena y sale del baño. Parece modelo y se llama Greta o Ingrid. ¿Acaso este país es el único con chicos regordetes? Dice algo en otro idioma y Rachelle se ríe. Sí, claro, como si hubiera entendido.

Yo: —...

Rachelle me echa un aro de humo del cigarro de caramelo en la cara. Me acaba de dejar tirada como a una Pop Tart fría en el suelo de la cocina. Rachelle y Greta-Ingrid salen del baño. Ninguna de las dos lleva papel higiénico pegado a las botas. No hay justicia en este mundo.

Necesito una nueva amiga. Necesito una amiga, y punto. No tiene que ser una amiga íntima ni nada, ni tenemos que intercambiar ropa, o quedarnos a dormir en casa de la otra y contarnos todo. Sólo una medio amiga, una amiga desechable, como un accesorio. Sólo para no sentirme ni parecer tan estúpida.

Mi aportación al diario de hoy: “Los estudiantes extranjeros están arruinando el país”.

## **Heathereando**

En el autobús camino a casa de Heather, ella intenta convencerme de que nos inscribamos a un club. Tiene un plan. Quiere que nos inscribamos a cinco cosas distintas, una para cada día de la semana. Lo más complicado es elegir los grupos con la “gente adecuada”. El Club Latino está descartado, al igual que el de Boliche. A Heather le gusta jugar boliche, era algo

muy popular en su antigua escuela, pero después de ver nuestros boliches ha decidido que a la “gente adecuada” nunca se le ocurriría jugar allí.

Cuando llegamos a casa de Heather su madre nos recibe en la puerta. Quiere que le contemos cómo ha sido nuestro día y cuánto tiempo llevo viviendo en la ciudad, y me hace preguntas indirectas sobre mis padres para hacerse una idea de si soy el tipo de amiga que le conviene a su hija. No me importa. Está bien que se preocupe por ella.

No podemos entrar en la habitación de Heather porque los decoradores no han terminado todavía. Cargadas con un tazón de palomitas anaranjadas y refrescos sin azúcar nos refugiamos en el sótano. Los decoradores lo terminaron primero, y no parece un sótano en absoluto. La alfombra es más bonita que la de nuestra sala. Una televisión gigantesca brilla en un rincón y hay una mesa de billar y aparatos de gimnasio. Ni siquiera huele a sótano.

Heather se sube a la cinta de correr y sigue con sus planes. Todavía no ha terminado de estudiar la vida social del instituto, pero le parece que el Club Internacional y el Coro serían buenos lugares para empezar. A lo mejor podemos participar en el musical. Pongo la tele y me como sus palomitas.

HEATHER: —¿Qué hacemos? ¿A qué te quieres inscribir? Quizá deberíamos dar clases a los de primaria —sube la velocidad de la cinta—. ¿Y tus amigas del año pasado? ¿No conoces a Nicole? Pero Nicole siempre está haciendo deporte, ¿no? Yo no podría hacer deporte. Me caigo con facilidad. ¿Qué quieres hacer?



Yo: —Nada. Los clubes son una estupidez. ¿Quieres palomitas?

Ella sube la velocidad de la cinta y se lanza a un *sprint*. La cinta hace tanto ruido que casi no oigo la tele. Heather me regaña con el dedo. Un error muy común entre los nuevos es apartarse, dice. No debo dejarme intimidar, tengo que involucrarme en cosas, formar parte del colegio. Eso es lo que hacen los alumnos populares. Se gira hacia la cinta y se seca la frente con una gruesa toalla que cuelga de un lado de la máquina. Tras unos minutos para enfriarse, se baja de un brinco.

—Cien calorías —anuncia—. ¿Quieres probar?

Me da un escalofrío y le paso las palomitas. Ella alarga la mano por encima de mí y toma un bolígrafo con el pompón morado de Merryweather de encima de la mesa.

—Tenemos que hacer planes —dice solemnemente. Dibuja cuatro columnas, una por cada evaluación, y luego escribe “objetivos” encima de cada una—. No vamos a llegar a ningún sitio si no sabemos cuáles son nuestros objetivos. Eso es lo que dice todo el mundo, y es totalmente cierto —abre su lata de refresco—. ¿Cuáles son tus objetivos, Mel?

Antes, yo era como Heather. ¿Tanto he cambiado en dos meses? Es una chica feliz, motivada, en forma. Tiene una madre agradable y una televisión genial. Pero es como un perro que no hace más que subirse encima de ti. Me sigue por los pasillos hablando hasta por los codos.

Mi objetivo es ir a casa y dormir una siesta.

## Madriguera

Ayer, la Pelos me sacó de la hora de estudio y me obligó a hacer las tareas que me “faltaban” en su clase. Hizo unos ruiditos de preocupación y mencionó una reunión con mis padres. Nada bueno. Nadie se molestó en decirme que la hora de estudio tocaba hoy en la biblioteca. Para cuando la encontré, la hora casi se había acabado. La he fastidiado. Intento explicárselo a la bibliotecaria, pero no paro de tartamudear y no me sale una sola frase.

BIBLIOTECARIA: —Tranquila, tranquila, no pasa nada. No te pongas nerviosa. Eres Melinda Sordino, ¿verdad? No te preocupes. Te apuntaré en la lista de los presentes. Deja que te explique cómo funciona esto. Si te parece que vas a llegar tarde, pídele al profesor un pase, ¿de acuerdo? No hay por qué llorar.

Sostiene en la mano unas tarjetas verdes, las mismas que me van a librar de la cárcel. Sonríe e intento decir “gracias”, pero no me sale nada. Ella piensa que estoy emocionada porque no me ha castigado. Más o menos. No tengo tiempo para una siesta, así que saco un montón de libros para hacerla feliz. Incluso puede que lea alguno.

Mi brillante idea no se me ocurre en ese momento. Nace cuando el señor Cuello me busca en la cafetería para pedirme la tarea sobre “Veinte formas de sobrevivir en el bosque según los indios iroqueses”. Hago como que no lo veo. Atravieso la cola de la comida, rodeo a una pareja que se está besuqueando junto a la puerta y me lanzo por el pasillo. El señor Cuello se

detiene para separar a los enamorados y yo me dirijo al ala de los mayores.

Estoy en territorio desconocido, ahí “donde ningún novato ha llegado”. No tengo tiempo de preocuparme por las miradas que me están echando. Oigo venir al señor Cuello. Doblo una esquina, abro una puerta y me adentro en la oscuridad. Sujeto el picaporte pero el señor Cuello no lo toca. Oigo sus pisadas avanzando pesadamente por el pasillo. Tanteo la pared con la mano hasta que encuentro el interruptor de la luz. No es un salón, es un cuartito de intendencia con olor a esponjas viejas.

La pared del fondo está cubierta de repisas llenas de libros de texto polvorientos y unas cuantas botellas de cloro. Un sillón manchado y un escritorio anticuado se asoman desde detrás de una colección de trapeadores y escobas. Hay un espejo roto inclinado sobre un fregadero lleno de cucarachas muertas unidas por telarañas. Las llaves están tan oxidadas que no giran. En este cuartucho no ha entrado ningún intendente en mucho tiempo.

Ahora tienen una nueva área y un almacén en la zona de carga y descarga, y todas las chicas evitan pasar por allí por las miradas y los suaves silbidos que te lanzan. Entonces este cuarto está abandonado, no tiene nombre ni función. Así que, sin duda, éste es el lugar perfecto para mí.

Me robo un montón de pases viejos del escritorio de la Pelos. Me siento muchísimo mejor.

## **¡Vamos Diablos!**

Tenemos una reunión para animar al equipo de futbol americano. No sólo me voy a librar de álgebra, sino que será un buen momento para limpiar mi cuarto. He traído algunas esponjas de casa. No hay por qué revolcarse en la mugre. Quiero traer una manta y hierbas aromáticas.

Mi plan es dirigirme hacia el auditorio con el resto de la gente, y luego esconderme en un baño hasta que se despeje el panorama. Hubiera librado a los profesores sin problemas, pero no se me ocurrió pensar en Heather. Justo cuando tenía a la vista el baño donde me escondería, me llama Heather, viene corriendo y me agarra del brazo. Está rebosante de orgullo Merryweather, llena de ánimo, vitalidad y vestida de morado. Y cree que yo estoy tan contenta y emocionada como ella. Avanzamos juntas hacia la sesión de lavado de cerebro y ella no para de hablar.

HEATHER: —¡Qué emoción! Una reunión de animación. Hice pompones de sobra. Toma uno. Se verá genial cuando hagamos la ola. Te aseguro que nuestro grupo es el más animado. Siempre he querido ir a una cosa de éstas. ¿Te imaginas lo que debe ser estar en el equipo de futbol y que toda la escuela te eche porras? Debe ser increíble. ¿Crees que van a ganar esta tarde? Tienen que ganar, seguro que ganan. Hasta ahora ha sido una temporada difícil, pero les vamos a poner las pilas, ¿verdad, Mel?

Su entusiasmo me da cosa, pero no me molesto en ser sarcástica, Heather no lo entendería. Tampoco me

va a matar ir a la reunión, al menos tengo con quién sentarme, y eso ya es subir un peldaño en la escalera de la aceptación social. No creo que sean tan malas estas reuniones.

Quiero quedarme de pie cerca de la puerta, pero Heather me arrastra hasta la sección de nuestro grupo, en la parte de arriba.

—Conozco a esta gente —dice—. Trabajan conmigo en el periódico.

—¿El periódico? ¿Tenemos un periódico?

Me presenta a un grupo con caras pálidas y con granos. Reconozco vagamente a un par de ellos, pero el resto debe de venir de otro colegio. Curvo las comisuras de los labios sin morderme. Algo es algo. Heather sonrío de oreja a oreja y me pasa un pompón.

Me relajo un poco. La chica sentada detrás de mí me toca el hombro con sus uñas largas pintadas de negro. Ha oído cómo Heather me presentaba.

—¿Sordino? —pregunta—. ¿Eres Melinda Sordino?

Me doy la vuelta. Estalla una bomba de chicle negro y se lo vuelve a meter en la boca. Yo asiento con la cabeza. Heather saluda con la mano a uno de segundo al otro lado del gimnasio. La chica me da un golpe más fuerte.

—¿No fuiste tú la que llamó a la policía en la fiesta de Kyle Rodgers al final del verano?

La sección de las gradas donde estamos sentadas queda congelada por un bloque de hielo. Todas las cabezas se vuelven hacia mí con el sonido de cientos de cámaras de fotos. No siento los dedos. Digo que no. Otra chica dice:

—A mi hermano lo arrestaron en esa fiesta y lo despidieron de su trabajo por el arresto. No puedo creer que lo hayas hecho. Idiota.

“No lo entiendes”, responde la voz en mi cabeza. Es una pena que ella no la oiga. Se me cierra la garganta, como si dos manos con uñas pintadas de negro me estrangularan. Me ha costado tanto olvidarme de cada segundo de esa estúpida fiesta, y aquí estoy en medio de una multitud hostil que me odia por lo que tuve que hacer. No puedo contar lo que pasó de verdad. A mí misma me cuesta recordar. Un ruido animal se revuelve en mi estómago.

Heather se acerca a acariciar mi pompón, pero retira la mano. Por un momento parece que me va a defender. Pero no. Eso podría interferir con sus planes. Cierro los ojos. No digas nada. Respira.

Las porristas entran en el gimnasio dando volteretas laterales y gritando sus porras. La muchedumbre patalea y vocifera en las gradas. Me sujeto la cabeza entre las manos y grito para dejar salir el ruido animal y parte de lo que pasó aquella noche. Nadie me oye. Todos están histéricos.

La banda se esfuerza por tocar una canción mientras las porristas dan saltos. La mascota de los Diablos Azules se gana una ovación al hacer una voltereta hacia atrás y aterrizar sobre el director. El director nos saluda. Sólo llevamos seis semanas de clase. Todavía le queda sentido del humor.

Por fin nuestros queridos Diablos entran al gimnasio. Son los mismos brutos que en primaria se pasaban el día castigados por darle palizas a la gente, pero ahora

los felicitan por eso. Lo llaman futbol americano. El entrenador presenta al equipo. No los distingo. El entrenador Desastre tiene el micrófono pegado a los labios, así que lo único que oímos es el chisporroteo de la saliva y la respiración.

La chica sentada detrás de mí me clava las rodillas en la espalda. Las tiene tan afiladas como las uñas. Me echo hacia delante y sigo al equipo con atención. La hermana del arrestado se inclina hacia mí y, mientras Heather sacude sus pompones, me da un tirón del pelo. Casi me subo a la espalda del que está sentado delante de mí. El chico se da la vuelta y me lanza una mirada criminal.

El entrenador por fin le pasa el micrófono húmedo al director, que nos presenta a nuestras queridas porristas. Se abren de piernas todas a la vez y la gente se vuelve loca. Nuestras porristas marcan más goles que nuestro equipo de futbol.

## **Porristas**

Son doce: Jennie, Jen, Jenna, Ashley, Aubrey, Amber, Colleen, Kaitlin, Marcie, Donner, Blitzen y Raven. Raven es la capitana. La más rubia entre las rubias.

Mis padres no me dieron una educación religiosa. Nuestra fe se reduce a adorar la Trinidad de Visa, Mastercard y American Express. Creo que las porristas de Merryweather me confunden porque nunca fui a catequesis. Tiene que ser un milagro, no se me ocurre otra explicación. Si no, ¿cómo pueden acostarse

con el equipo de futbol americano el sábado por la noche y reencarnarse como diosas virginales el lunes por la mañana? Es como si pudieran funcionar en dos realidades simultáneamente. En un universo son guapas, tienen la dentadura perfecta, piernas largas y ropa de marca, y cuando cumplen dieciséis años les regalan coches deportivos. Los profesores les sonríen y les ponen buenas calificaciones. Llamen por el nombre de pila a todos los profesores y son el orgullo de los Sementales. Perdón, el orgullo de los Diablos Azules.

En el universo número dos, dan fiestas tan salvajes que hasta los universitarios llegan. Adoran el olor a macho de los jugadores. Alquilan casas en las playas de Cancún en las vacaciones de primavera y consiguen descuentos grupales para abortar antes de la graduación.

Pero son tan bonitas. Y animan a nuestros chicos, incitándolos a la violencia y, si hay suerte, a la victoria. Éstas son las chicas modelo, las chicas que lo tienen todo. Seguro que ninguna de ellas se traba al hablar, o mete la pata, o siente que su cerebro se está disolviendo como un malvavisco. Todas tienen labios bonitos, delineados cuidadosamente con labial rojo y brillo.

Cuando termina la sesión, alguien me da un empujón accidental y termino tres filas más abajo. Si alguna vez formo mi propio clan, será el de Anti-Porristas. No nos sentaremos en las gradas, estaremos por debajo cometiendo pequeños actos de vandalismo.



## **Lo contrario de inspiración es... ¿expiración?**

Durante toda una semana, desde lo del gimnasio, he estado pintando acuarelas de árboles fulminados por un rayo. Intento pintarlos casi muertos, pero no del todo. El señor Freeman no me dice ni una palabra, sólo levanta las cejas. Uno de los dibujos es tan oscuro que el árbol casi no se ve.

A todos nos va fatal. A Ivy le tocó “payasos”. Le dijo al señor Freeman que odia los payasos porque uno la asustó cuando era pequeña y tuvo que ir a terapia. El señor Freeman dice que el miedo es una puerta estúpida para entrar en el arte. Otra chica se queja de que “cerebro” es demasiado asqueroso para ella, dice que prefiere “gatitos” o “arco iris”.

El señor Freeman hace un aspaviento.

—¡Ya está bien! Por favor, presten atención a las repisas —todos miramos obedientes. Libros. Esto es clase de arte, ¿para qué queremos libros?—. Si no se les ocurre nada, podrían dedicar un tiempo a estudiar a los maestros —saca unos cuantos—. Kahlo, Monet, O’Keefe, Pollock, Picasso, Dalí. Ellos no se quejaban, exploraban cada tema hasta encontrar la raíz de su significado. Claro que no tenían al consejo escolar obligándoles a pintar con las manos atadas a la espalda, tenían mecenas que entendían que debían comprar lo básico, como papel y pintura...

Suspiramos. Otra vez con lo del consejo escolar. El consejo le ha recortado el presupuesto para material, y le ha dicho que utilice lo que sobró del año pasado. Nada de más pintura, ni papel. El profesor sigue con

su rollo el resto de la clase, cuarenta y tres minutos. Hace calor en el aula llena de sol y olor a pintura. Tres alumnos se quedan profundamente dormidos, con ronquidos y todo.

Yo me quedo despierta. Arranco una página de mi cuaderno, saco una pluma y garabateo un árbol. Parece de segundo de primaria. Inútil. Hago una bola con el papel y arranco otra hoja. No puede ser tan difícil poner un árbol en un papel. Dos líneas verticales para el tronco. Quizás unas cuantas ramas gruesas, unas cuantas más delgadas y un montón de hojas para ocultar los errores. Pinto una raya horizontal para el suelo y una margarita junto al tronco. No sé por qué me parece que el señor Freeman no le va a encontrar mucho sentimiento a mi árbol. Yo no le encuentro ninguno. Al principio parecía un profesor genial. ¿Acaso nos va a dejar perder el tiempo con este proyecto ridículo sin ayudarnos?

## **Teatro**

Tenemos un día libre, el día de La Raza y voy a casa de Heather. Yo quería quedarme durmiendo hasta tarde, pero Heather insistió en que fuera a su casa, “por favor, por favor, por favor”. De todas formas no hay nada en la tele. Su madre parece muy contenta de verme. Nos prepara tazas de chocolate e intenta convencer a Heather para que invite a unas cuantas amigas a pasar la noche.

—A lo mejor Mellie podría traer a sus amigas.

Yo no menciono la posibilidad de que Rachelle me cortara el cuello en su alfombra nueva. Sonríe como una buena chica y su madre me acaricia la mejilla. Cada vez se me da mejor eso de sonreír cuando la gente lo espera.

La habitación de Heather por fin está lista para exhibirse. No parece de una niña de primaria, ni siquiera de prepa. Parece sacada de un anuncio de aspiradoras, recién pintada y con los surcos de la aspiradora en la alfombra. Las paredes color lila tienen un estampado elegante. El librero tiene puertas de cristal. Hay una televisión y un teléfono, y la tarea está ordenada sobre la mesa. El clóset está entreabierto. Lo abro un poco más con el pie. La ropa espera pacientemente colgada en los ganchos, organizada por clases: las faldas juntas, los pantalones colgados por el dobladillo y los suéteres doblados y metidos en bolsas de plástico en las repisas. La habitación grita "Heather". ¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo? No es que quiera que mi habitación grite "¡Heather!", eso sería de miedo. Pero no estaría mal aunque sea un susurro de "Melinda". Me siento en el suelo y miro sus discos mientras se pinta las uñas en la mesa sin parar de hablar. Está decidida a apuntarse al musical. Los Colegas Musicales son un clan muy cerrado. Heather no tiene ni talento, ni conocidos y le digo que está perdiendo el tiempo. Ella cree que deberíamos intentarlo juntas. Me parece que el spray se le ha subido a la cabeza. Mi función es asentir o negar con la cabeza, decir "te entiendo perfectamente" cuando no comprendo nada, y "es una injusticia" cuando no lo es.

El musical se me daría bien, porque soy una actriz estupenda. Tengo toda una gama de sonrisas: la tímida, “mirando desde detrás del flequillo”, para los profesores, y la de ojos chispeantes con un ágil movimiento de cabeza para cuando me preguntan algo. Si mis padres quieren saber cómo me fue en la escuela, arqueo las cejas y me encojo de hombros. Cuando la gente me señala con el dedo o murmura a mi paso, saludo a amigos imaginarios al otro lado del pasillo y me apresuro a reunirme con ellos. Si abandono la escuela, podría trabajar como mimo.

Heather me pregunta por qué creo que no nos van a admitir en el musical. Doy un sorbito de chocolate y me quema el paladar.

Yo: —No somos nadie.

HEATHER: —¿Cómo puedes decir eso? ¿Por qué son todos tan antipáticos? No entiendo nada. Si queremos participar en el musical deberían dejarnos. Si no les gusta cómo cantamos, pues podríamos hacer de extras o algo. No es justo. Odio la prepa.

Tira los libros al suelo y el esmalte de uñas verde se derrama sobre la alfombra color arena.

—¿Por qué es tan difícil hacer amigos aquí? ¿Es que hay algo raro en el agua? En mi antiguo colegio hubiera participado en el musical, en el periódico y hubiera organizado rifas. Aquí la gente ni siquiera sabe que existo. Me empujan en los pasillos y no encajo en ningún sitio y a nadie le importa. Y tú no eres de mucha ayuda. Eres tan negativa, y no te esfuerzas nunca, sólo andas por ahí como si no te importara que la gente hable de ti a tus espaldas.

Se tira en la cama y empieza a llorar desconsoladamente, aullando y dando grititos de frustración cuando le pega puñetazos a su oso de peluche. No sé qué hacer. Intento quitar la mancha de esmalte, pero la extiendo todavía más. Parecen algas. Heather se limpia la nariz en la bufanda a cuadros del oso. Voy al cuarto de baño y vuelvo con pañuelos de papel y un bote de quitaesmalte.

HEATHER: —Lo siento mucho, Mellie. No puedo creer que te haya dicho esas cosas. Es que me va a venir la regla, no me hagas caso. Te has portado tan bien conmigo. Eres la única persona en quien puedo confiar —se suena la nariz ruidosamente y se seca los ojos con la manga—. Mira, eres igual que mi madre. Ella me dice “llorar no sirve para nada, tienes que seguir adelante”. Ya sé lo que vamos a hacer. Primero, conseguiremos meternos en un buen grupo y vamos a caerles muy bien. Y el año que viene los Colegas Musicales nos pedirán de rodillas que participemos en su musical.

Es la idea más absurda que he oído en mi vida, pero digo que sí mientras vierto un poco de quitaesmalte en la alfombra. El esmalte se aclara y se pone de un brillante color verde vómito y la alfombra se destiñe alrededor de la mancha. Cuando Heather ve lo que he hecho se echa a llorar otra vez, diciendo que no ha sido mi culpa. El estómago me está matando. Su habitación no es tan grande para contener tanta emoción. Me voy sin despedirme.

## Drama en la cena

Los padres hacen ruidos amenazadores, convirtiendo la cena en melodrama. Mi padre imita a Arnold Schwarzenegger y mi madre hace de Glenn Close en uno de sus papeles de loca peligrosa. Yo soy la Víctima.

MAMÁ (Sonrisa asesina): —¿Creías que te ibas a librar, eh, Melinda? ¿Creías que ahora que vas a la prepa no hacía falta enseñarnos las tareas ni los exámenes que has reprobado?

PAPÁ (Da un golpe en la mesa, los cubiertos saltan): —Déjate de rollos. Ella sabe perfectamente de qué se trata. Las calificaciones han llegado hoy. Escúchame bien, jovencita. No pienso volver a repetirlo: o mejoras esas calificaciones o te vas a arrepentir. ¿Me has oído? ¡Quiero que saques buenas calificaciones! (Ataca una papa asada).

MAMÁ (Molesta por haber perdido protagonismo): —Déjame hablar a mí. Melinda. (Sonríe. El público se estremece).

—No te pedimos mucho, cariño. Sólo queremos que hagas lo mejor que puedas. Sabemos que tú puedes hacerlo mucho mejor. Ya antes lo has hecho muy bien. Mírame cuando te hablo.

(La Víctima mezcla queso *cottage* con salsa de manzana. Mi padre rebufa como un toro. Mi madre agarra un cuchillo).

MAMÁ: —Te he dicho que me mires.

(La Víctima mezcla chícharos en salsa de manzana con queso *cottage*. Papá deja de comer).

MAMÁ: —Mírame, ahora.

Está usando su “voz letal”, la voz que significa que está hablando en serio. Cuando era más pequeña, me hacía pipí cada vez que oía esa voz. Ahora hace falta algo más. Miro a mi madre directamente a los ojos, luego limpio el plato y me retiro a mi habitación. Ahora que se han quedado sin Víctima, mis padres se gritan uno al otro. Subo el volumen de la música para no escucharlos.

## **Rosas azules**

Tras el interrogatorio de anoche, intento poner atención en biología. Estamos estudiando las células, que tienen todas estas partes pequeñitas que no se ven a menos que las mires con un microscopio. Y tenemos microscopios de verdad, no de esos de juguete. No está mal.

Nuestra profesora es la señora Keen. Me da un poco de pena. Podría haber sido una científica famosa o una doctora o algo, y en lugar de eso está aquí cargando con nosotros. Ha colocado cajas de madera al frente del salón y se sube a ellas cuando habla con nosotros. Si comiera menos donas, parecería una muñeca de abuelita. Pero tiene una figura gelatinosa, casi siempre embutida en poliéster naranja. Huye de los jugadores de basquetbol. Desde su perspectiva, les debe parecer una pelota.

Mi compañero de laboratorio es David Petrakis. Sería guapo si se quitara el aparato de los dientes. Pertenece al clan de los Cibergenios y es tan inteligente

que pone nerviosos a los profesores. Normalmente alguien así se llevaría una paliza tras otra, pero los chicos malos lo dejan en paz. Tengo que averiguar su secreto. David me ignora casi todo el tiempo, excepto cuando estuve a punto de arruinar el microscopio de trescientos dólares al girar una rueda en sentido contrario. Aquel día la señora Keen llevaba un vestido morado con rosas azules brillantes. Desconcertante. No deberían dejar que los profesores cambiaran así, sin algún tipo de advertencia. Alborota a los alumnos. Durante días, no se habló de otra cosa. No se lo ha vuelto a poner.

### **Alumnos divididos entre confusión igual a álgebra**

Me siento en la mesa cuando sólo quedan diez minutos de clase de álgebra. El señor Stetman examina mi pase de retardo durante un buen rato. Saco una hoja limpia para copiar los problemas del pizarrón. Me siento en la última fila, para controlar a todo el mundo y además poder vigilar el estacionamiento por la ventana. Me veo como el sistema de alarma de la clase. Hago planes para situaciones de emergencia. ¿Cómo escaparíamos si explotara el laboratorio de química? ¿Y si hubiera un terremoto en Nueva York? ¿Y un tornado?

Es imposible concentrarse en álgebra. No es que se me dificulten las matemáticas. El año pasado era la mejor, por eso mi padre me compró la bicicleta.



Las matemáticas son fáciles porque no hay nada que discutir. La respuesta está bien o está mal. Que me den una hoja llena de problemas de matemáticas y tendré correcto el 98 por ciento.

Pero el álgebra es otra cosa. Sabía para qué tenía que aprender las tablas de multiplicar. Las fracciones, los decimales, e incluso la geometría, todo eso es práctico. Son cosas que se pueden usar en la vida real. Era tan lógico que no había que pensar en ello. Hacía mis tareas y sacaba buenas calificaciones.

¿Pero álgebra? Todos los días alguien le pregunta al señor Stetman por qué tenemos que estudiar álgebra. Y se nota que eso le duele en el alma. El señor Stetman adora el álgebra. Se pone poético sobre el tema, al estilo algebraico integral. Habla del álgebra como otros hombres hablarían de sus coches. Si le preguntas por qué álgebra, se lanza a contar mil y una historias para justificarlo. Y ninguna tiene sentido.

El señor Stetman pregunta si alguien puede explicar la importancia del *no sé qué* en el teorema del *no sé cuántos*. Heather sabe la respuesta. Está equivocada. Stetman lo intenta de nuevo. ¿Yo? Niego con la cabeza y sonrío con tristeza. Hoy no, pruebe dentro de veinte años. Me llama al pizarrón.

SR. STETMAN: —¿Quién quiere ayudar a Melinda a entender cómo se resuelve este problema? ¿Rachel? Perfecto.

Mi cabeza explota con un ruido de camiones de bomberos al salir de la estación. Ésta sí que es una emergencia. Rachel/Rachelle taconeá con los zuecos hasta el pizarrón, vestida con un escandaloso traje

holandés-escandinavo. Se ve entre bonita y elegante. Me clava en la frente su visión de rayos láser. Yo llevo la típica ropa descuidada, un apestoso suéter gris de cuello alto y *jeans*. En este momento me acabo de acordar de que me tengo que lavar el pelo.

Rachelle abre y cierra la boca y desliza la mano sobre el pizarrón, trazando números y formas raras. Me muerdo el labio inferior, metiéndomelo totalmente entre los dientes. Si lo intento, a lo mejor consigo tragarme toda. El señor Stetman dice algo y Rachelle aletea las pestañas con coquetería. Me da un empujoncito. Nos tenemos que sentar. La clase se ríe y volvemos a nuestro sitio. Tenía que haber puesto más empeño en tragarme a mí misma.

Mi cerebro opina que no debemos volver a la clase de álgebra. Tenemos mejores cosas en qué pensar. Es una pena. El señor Stetman parece un tipo agradable.

## **Halloween**

Mis padres dicen que soy demasiado grande para disfrazarme. Estoy encantada, así no tengo que admitir que nadie me ha invitado a salir a pedir caramelos. Pero no quiero decírselo a mis padres y, para guardar las apariencias, subo enfadada a mi habitación y cierro de un portazo.

Miro por la ventana. Unas criaturas vienen en grupo por la calle: un pirata, un dinosaurio, dos hadas y una novia. ¿Por qué los niños nunca se disfrazan de

novios en Halloween? Sus padres charlan en la acera. La noche es peligrosa y los padres tienen que salir también, como fantasmas con pantalones caqui y chamarras largas flotando detrás de los niños.

Suena el timbre. Mis padres se pelean para ver quién sale a abrir. Mi madre dice una palabrota y abre la puerta con un agudo “Uy, uy, uy, pero qué tenemos aquí”. Debe haberles dado sólo un chocolate a cada uno, porque no suenan muy entusiastas al dar las gracias. Los niños atraviesan el jardín hasta la siguiente casa y sus padres les siguen por la acera.

El año pasado en nuestro grupo nos disfrazamos de brujas. Fuimos a casa de Ivy porque ella y su hermana mayor tenían maquillaje de teatro. Nos intercambiamos la ropa y nos dimos el lujo de comprarnos pelucas negras baratas. Rachel y yo éramos las mejores. Con el dinero que habíamos ganado de niñeras nos compramos capas de satín forradas de rojo. Fue genial. Fue una noche particularmente cálida. No hacía falta llevar ropa interior de invierno y el cielo estaba despejado. Se levantó un viento que arrastraba las nubes por delante de la luna llena, que había salido especialmente para hacernos sentir más fuertes y poderosas. Pasamos volando a través de la noche, como una familia de brujas invencibles. Por un momento llegué a sentir que éramos capaces de lanzar hechizos para convertir a la gente en sapos o conejos, castigar el mal y premiar el bien.

Conseguimos kilos de caramelos. Cuando los padres de Ivy se fueron a dormir, encendimos una vela en la casa totalmente a oscuras. La sostuvimos en alto

delante de un espejo antiguo a medianoche para ver nuestro futuro. Yo no vi nada.

Este año Rachelle va a una fiesta en casa de una de las estudiantes extranjeras. Oí cómo lo comentaba en clase de álgebra. Sé que no me van a invitar. Con mi reputación, sería una suerte recibir una invitación para mi propio funeral. Heather se ha ofrecido a acompañar a unos niños de su barrio para que sus madres puedan quedarse en casa.

Estoy preparada. Me niego a pasar la noche sufriendo en mi habitación o escuchando a mis padres discutir. He sacado un libro de la biblioteca, *Drácula*, de Bram Stoker. Un buen título. Me preparo en mi nido, con una bolsa de palomitas acarameladas y el monstruo chupasangre.

## **Nombre nombre nombre**

En la locura que sigue a Halloween, el consejo escolar ha decidido oponerse a que nos llamemos los Diablos. Ahora somos los Tigres de Merryweather. Grrrrr.

El Club Ecológico está planeando una protesta contra “la degradación de una especie en peligro de extinción”. Es de lo único que se habla, especialmente durante clase. Al señor Cuello le entra un ataque de ira, y se pone a dar gritos sobre la motivación, la identidad y el sagrado espíritu escolar. No vamos a llegar ni a la Revolución Industrial.

Soy el hazmerreír en clase de español. Resulta que “linda” significa “guapa”. Vaya chiste. La profesora

dice mi nombre y algún listo salta: “No, Melinda no es linda”. Durante el resto de la clase me llaman Meno-linda. Así es como empiezan los terroristas, con este tipo de bromitas inocentes. Me pregunto si aún podría cambiarme a alemán.

Se me acaba de ocurrir una teoría que lo explica todo. Cuando fui a aquella fiesta me secuestraron unos extraterrestres. Crearon un planeta Tierra falso y una prepa falsa para estudiarme a mí y mis reacciones. Desde luego, esta teoría explicaría la comida de la cafetería. Pero lo demás no. Los extraterrestres tienen un sentido del humor asqueroso.

## **Las Martas**

Heather ha encontrado un clan, las Martas. La han aceptado como aspirante, y la tendrán a prueba durante un tiempo. No sé de qué manera lo habrá conseguido, pero me imagino que con dinero de por medio. Es parte de su estrategia de hacerse un lugar en la escuela. Y se supone que yo tengo que acompañarla. ¡A las Martas! ¡Qué horror!

Es un clan que sale caro: el vestuario tiene que ser coordinado y apropiado para la estación. Y perfectamente planchado. Este otoño se llevan los cuadros escoceses con suéteres combinados en colores con nombres de fruta, como durazno y rojo manzana. En el invierno son los suéteres de lana canadiense, pantalones de lana forrados y adornos para el pelo con motivos navideños. Todavía no le han dicho qué

ropa tiene que comprarse para la primavera, pero yo adivino que serán faldas con un estampado de ocas y blusas blancas con patitos bordados en el cuello.

Le digo a Heather que debería ser un poco más atrevida y reflejar de forma irónica la moda de los cincuenta, con su inocencia, pasteles de manzana y todas esas cursilerías. Pero ella cree que las jefas del clan, Meg, Emily y Siobhan, no entenderían la ironía. Les gustan demasiado las reglas.

Las Martas se dedican a hacer buenas obras. El nombre del grupo viene de un personaje de la Biblia (la fundadora original del clan se hizo misionera en Los Ángeles). Pero ahora siguen más a otra Marta, la Marta de la tele, una señora que escribe libros sobre decoración. Muy de Connecticut, muy de la prepa. Las Martas tienen proyectos y ayudan a la gente. Es el trabajo ideal para Heather. Me ha dicho que patrocinan la colecta de alimentos para los pobres y dan clases a niños, y organizan una marcha, un concurso de baile y lo que haga falta para recaudar fondos para no sé qué. También les hacen la vida agradable a los profesores. ¡Buaj!

Su primer proyecto “martil” va a ser decorar la sala de profesores para la reunión/fiesta del Día de Acción de Gracias. Me acorrala después de español y me suplica que la ayude. Cree que las Martas le han dado a propósito una tarea imposible para poder rechazarla. Siempre he querido saber cómo era la sala de profesores. Se oyen tantos rumores. ¿Habrà un camastro para los profesores que necesiten echarse una siesta? ¿Montones de pañuelos de papel para las

crisis emocionales? ¿Cómodos sillones de cuero y un mayordomo privado? ¿Estarán allí los expedientes secretos sobre todos los alumnos?

Resulta que es una habitación pequeña pintada de verde, con las ventanas sucias y un persistente olor a tabaco, aunque hace años que está prohibido fumar en todo el colegio. La mesa destartalada está rodeada de sillas plegables de metal. En una pared cuelga un tablón de anuncios con papeles de la época en que el hombre llegó a la Luna. Y por mucho que miro, no logro encontrar los archivos secretos. Seguro que están en la oficina del director.

Mi misión es hacer un centro con hojas de tela, bellotas, lazos y un kilómetro de alambre. Heather va a poner la mesa y a colgar un banderín con motivos otoñales. No para de hablar de sus clases mientras yo destrozo una hoja roja tras otra. Le pregunto si podemos cambiar antes de que yo misma me cause un daño físico irreparable. Heather me desenrolla cuidadosamente de entre el alambre. Sujeta unas cuantas hojas en una mano, enrosca el alambre alrededor de los rabitos, dos vueltas, esconde el alambre bajo el lazo y pega las bellotas con pegamento. Es terrorífico. Termino rápidamente de poner la mesa.

HEATHER: —¿Qué te parece?

Yo: —Eres una decoradora genial.

HEATHER (Los ojos al cielo): —No, tonta. ¡Que qué te parece esto! ¡Yo! ¿No es increíble que me vayan a aceptar? Meg me ha tratado tan bien, me llama todas las noches sólo para hablar —dice mientras pasea alrededor de la mesa enderezando los tenedores que

yo acabo de colocar—. Te parecerá ridículo, pero el mes pasado me sentí tan mal que les pedí a mis padres que me mandaran a un internado. Pero ahora tengo amigas, y ya sé cómo abrir mi casillero, y (hace una pausa y contrae toda la cara) ¡es perfecto!

No hace falta que finja una respuesta porque en ese momento aparecen Meg, Emily y Siobhan, con bandejas de magdalenas y rodajas de manzana bañadas en chocolate. Meg me mira y arquea una ceja.

Yo: —Gracias por la tarea, Heather. Has sido muy amable.

Me escabullo hacia la puerta y la dejo entreabierta para ver qué va a pasar. Heather espera en posición de firme mientras inspeccionan nuestra obra. Meg toma el centro y lo examina desde todos los ángulos.

MEG: —Bien hecho —Heather se pone colorada.

EMILY: —¿Quién era esa chica?

HEATHER: —Es una amiga. Ella fue la primera que me habló al inicio de clases.

SIOBHAN: —Me da ansias. ¿Qué le pasa en los labios? Parece como si tuviera una enfermedad o algo.

Emily mira la hora. La correa del reloj hace juego con el lazo del pelo. Cinco minutos. Heather tiene que irse antes de que lleguen los profesores. Una condición del período de pruebas es que nadie reconozca el mérito de su trabajo.

Me escondo en el baño hasta que sé que el autobús de Heather se ha ido. Me gusta el sabor de las lágrimas saladas que me escuecen en los labios descarnados. Me lavo la cara en el lavabo hasta que no queda nada, ni ojos, ni nariz, ni boca. Nada de nada.



## **Pesadilla**

Veo a la Cosa en el pasillo. La Cosa es un alumno de la prepa. La Cosa viene con la porrista Aubrey. La Cosa es mi pesadilla y no me puedo despertar. La Cosa me ve. La Cosa sonríe y me gui a un ojo. Menos mal que tengo los labios cosidos, de lo contrario hubiera vomitado.

## **Mis calificaciones**

Amabilidad: B

Comedor: D

Ropa: C

Ciencias Sociales: C

Biología: B

Inglés: C

Español: C

 lgebra: C+

Deportes: C+

Arte: A

“ **SEGURAMENTE  
ALGUNOS JÓVENES SE  
IDENTIFICARÁN CON ESTE LIBRO,  
PUES RETRATA FIELMENTE LA  
PREPARATORIA A TRAVÉS DE LOS  
OJOS DE UNA ESTUDIANTE.** ”

Ashlyn, 15 años

**E**s el primer día de clases en la preparatoria y Melinda se siente marginada; no pertenece a ningún grupo y sus amigas la evitan. Además tiene que sobrellevar la mala fama que le trajo haber llamado a la policía durante una loca fiesta realizada en el verano. Melinda se siente deprimida y no quiere hablar. Su silencio se convierte en un problema con sus padres y maestros. Lo que sucedió en aquella fiesta le provocó un terrible miedo que se ha quedado clavado en su interior.

*Una cruda historia en la que se pone de manifiesto la fuerza de una adolescente para enfrentar sus miedos.*

**LAURIE HALSE ANDERSON** (Estados Unidos) escritora y periodista que se ha interesado especialmente en la escritura para jóvenes. Sus novelas tratan temas difíciles de abordar como la anorexia o el abuso sexual, entre otros.